

número pasaba de quinientos mil, todos ellos llenos de fervor y de deseos de morir por su fé. Lo mismo sucedía en Cochín, en Culan, en Bazin, en Meliapur y aun en las islas del Moro, miradas antes con tanto aborrecimiento. En Goa y en su distrito había cesado todo acto de idolatría, y era tan prodigiosa la mudanza entre los portugueses naturales del país que, para decirlo todo en dos palabras, apenas se veía una concubina, cuando antes eran comunísimas.

Edificados con este espectáculo los reyes circunvecinos, hablaban con respeto de una ley tan pura. El de Tanor, en la costa de Malabar, y el de Trichenamal, en la isla de Ceilan, pasaron muy en breve de la admiración á la profesion pública del cristianismo, atropellando por todos los peligros á que esponían su corona y su vida. Otro soberano, arrojado del reino de las Maldivias por una rebelion de sus súbditos y refugiado en los Estados de los portugueses, donde había reconocido la divinidad del cristianismo, deliberaba todavía, temiendo irritar mas á sus pueblos si le abrazaba, cuando llegó del Japon el santo apóstol. Vió al príncipe infiel, se hizo dueño de toda su confianza, y le habló tan dignamente acerca del reino de Dios, al cual prefería una sombra de soberanía, que, á pesar de todas las sugeriones de la política, le redujo á la obediencia de la fé. Habiendo vuelto á instruirle despues, á fin de establecerle de un modo constante en la confesion de nuestros santos misterios, le administró el bautismo con la pompa mas solemne.

Pero estas grandes obras eran una especie de descanso, ó á lo mas un ligero ejercicio del ocio de un apóstol. El término á que aspiraba con ardor y de que no se apartaba su pensamiento, era el grande imperio de la China, al cual quería sujetar á la ley de Jesucristo con todos sus tributarios y admiradores. Envió nuevos operarios á la mayor parte de las misiones en que no bastaban los antiguos: eligió

otros, así para que le reemplazasen en el Japon como para que le acompañasen á la China, y despues se puso en camino con ellos para ir á Malaca, á fin de tomar allí las últimas disposiciones, como que era la ciudad de los portugueses que tenía mas comercio con los chinos. Se había arreglado todo perfectamente, y parecía infalible el buen éxito de la empresa, cuando el cielo, que suele contentarse con la buena voluntad, permitió que se malograra aquella grande obra por el encaprichamiento de un solo hombre. Creía el santo misionero poder penetrar en un imperio inaccesible á los extranjeros que no están revestidos de un carácter público, por medio de una embajada portuguesa enviada á la corte de Pekin, y el virey de las Indias había recomendado muy particularmente al gobernador de Malaca la ejecucion de aquel proyecto; pero este subalterno indócil, osado y envidioso del embajador nombrado por el virey, lo frustró todo sin ningún respeto á Dios ni á los hombres, y mirando con indiferencia las terribles resultas de su conducta inobediente; lo que junto con los demás excesos que había cometido, fué causa de que se le castigase con el mayor rigor, condenándole á una prision perpétua, y á la confiscacion de todos sus bienes.

Pero lejos de desmayar por esto el santo apóstol, sintió que se aumentaba su ardor y su constancia, y resolvió hacer que le desembarcasen secretamente en las costas de la China, no dudando que le prenderían allí, pero imaginando al mismo tiempo que los mandarines, y quizá el emperador mismo, tendrían la curiosidad de ver á un hombre que predicaba una doctrina nueva, y que de este modo se le ofrecería una ocasion favorable para anunciar la fé de Jesucristo; y que si le ponían inmediatamente en una cárcel, predicaría á lo menos la fé á los presos, y desde los calabozos se estendería por el imperio la luz de la salvacion. Se trasladó, pues, á la isla de Sancian, que no dista mas que seis leguas del

continente de la China, y allí se concertó con un mercader chino para que mediante cierta cantidad de dinero le dejase de noche en una playa distante, en la provincia de Canton. Pero Dios no exigía de su siervo mas que esta prontitud de ánimo para un sacrificio que no había de tener efecto. El mercader que se había obligado á llevarle á la China, no acudió al tiempo prefijado; un intérprete chino, que se había ofrecido igualmente á servirle, faltó á su palabra; y subsistiendo todavía en su esperanza, á pesar de todos los obstáculos que se le presentaban, fué acometido de una enfermedad, que conoció que había de ser la que le llevase al sepulcro. Estando á la vista de la China, como otro Moisés á la de la tierra de promision, repetía continuamente en medio de sus fervorosas oraciones: «Y los chinos, Dios mio, y los infelices chinos, ¿quién los sacará de las sombras de la muerte?» En fin, despues de doce días de decaimiento, los cuales pasó parte en las orillas del mar, donde soplabá un viento norte muy violento, y parte en una mala choza, que no le resguardaba de la inclemencia del tiempo, espiró, faltó de todo socorro humano, profiriendo aquellas palabras del Salmista: «En vos, Señor, he puesto mi esperanza; no seré confundido para siempre.»

Tenía cuarenta y seis años, y había empleado diez y medio en la conversion de los indios: término muy corto, aun cuando no hubiera sujetado mas que una nacion al yugo del Evangelio! Pero si estableció la fé en cincuenta y dos reinos mas ó menos dilatados; si tremoló la bandera de la cruz en una estension de terreno de tres mil léguas; si bautizó por su mano cerca de un millon de sarracenos é idólatras, y si fué mucho mayor el número de los nuevos súbditos que dió á la Iglesia que el que alejaron de ella los nuevos heresiarcas de su siglo, ¿no podemos decir que la rapidez de los conquistadores mas memorables no igualó á la suya; y que si hubiera llegado á la medida comun de la vida humana, hubiera sido

B. del C., tomo XX.—VII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo V.

el mundo entero un campo demasiado estrecho para su celo? En realidad, las cosas mas prodigiosas que hizo, son nada en comparacion de lo que pretendía hacer. Despues de haber sujetado la China al Evangelio, se proponía, como lo acreditan sus escritos, anunciarle en la inmensa estension de la Tartaria; dar luego la vuelta por el norte de Europa, y reducir los hereges que había en ella; penetrar despues en lo interior de Africa; buscar hasta el último etíope errante en sus abrasadas arenas; últimamente, entrar segunda vez en el Asia, y llegar hasta la estremidad de la tierra y del agua, para que no se le escapase ninguna de las almas redimidas con la Sangre de Jesucristo. Pero dejemos los proyectos, y atendamos solo á las obras que tan perfectamente los justifican, y que tienen á su favor todas las pruebas de que son capaces los hechos.

Los escritores de la misma religion que Francisco Javier no son los únicos que atestiguan el feliz éxito de sus tareas y sus muchos y estupendos milagros. Esa suposicion, maligno producto de autores oscuros, está confundida por la bula de la canonizacion del Santo, en la que, despues de las averiguaciones mas exactas, hechas en los mismos lugares donde residió Javier, se dice que engendró á Jesucristo los pueblos y las naciones; que vió multiplicados sus hijos como las estrellas del cielo y las arenas del mar; y que recibió la plenitud de la bendicion concedida al patriarca Abraham. En fin, le dispensó la Iglesia el título de Apóstol de las Indias, título que por sí solo revela todo lo demás. «Apostolado (continúa la bula) que, con la perfeccion de todas las virtudes evangélicas, estuvo revestido de todas las señales de la virtud de lo alto, del don de profecía, del don de lenguas, y del don de todo género de milagros;» con cuyo motivo refiere casi todos los prodigios que se leen en los autores de la misma religion del Santo, y especialmente los muchos muertos que resucitó. Hay otros testimonios capaces de hacer mas



impresion á los detractores de uno de los Santos mas ilustres de la última edad de la Iglesia? Oigan á los viageros y á los escritores de la secta, cuyo estilo procuran imitar; á los protestantes Baldeo, Haklwit y Tavernier, que habiendo sido testigos de la veneracion religiosa de los indios, sin escluir los idólatras y mahometanos, para con Javier; y plenamente instruidos de cuanto podia contribuir al exámen de los hechos, le califican de digno embajador de Jesucristo, de nuevo Pablo, y de verdadero Apóstol de las Indias, y dan un testimonio formal de sus portentosos milagros y de los frutos prodigiosos de su apostolado (1).

¿Pero no le dió y le da aun el cielo en nuestros dias un testimonio suficiente, por medio de la incontestablemente milagrosa conservacion de su cuerpo con todas sus carnes? Se le habia enterrado en cal viva, con el designio de recoger mas pronto sus huesos, que desde el mismo instante de su muerte fueron mirados como reliquias insignes, creyendo los fieles de aquellos dominios que solo era digna de poseerlos la capital de las Indias portuguesas. Se le exhumó á los dos meses y medio, se le quitó al principio la cal que tenia encima de la cara, y se halló que estaba fresca y encarnada, como si fuese de un hombre que estuviese dormido. Se reconoció al momento todo el cuerpo, y pareció que estaba perfectamente sano, y nada consumido. Habiéndole cortado por curiosidad un pedacito de carne en el muslo derecho, salió de él una sangre rubicunda y hermosa. Los hábitos sacerdotales con que habia sido enterrado el santo ministro estaban tan bien conservados como su cuerpo, y lo que mas admiró á todos fué que exhalaban un olor infinitamente mas agradable que el de los perfumes mas exquisitos. El tiempo, que todo lo destruye, ha hecho mas y mas venerable el sepulcro de este santo taumaturgo. Despues de dos siglos casi cumplidos desde su traslacion á Goa, se abrió

(1) Bald. *Hist. Ind.*; Hakl. *Viag. Ingl.* t. 2, p. 2.

en 1744, á peticion del rey de Portugal, la urna preciosa que le contiene, y se le halló en el mismo estado que cuando se le colocó en ella. Tal es el testimonio auténtico que dió en aquel tiempo el virey de las Indias, marqués de Castello-Nuovo, que fué testigo ocular con una infinidad de personas. Los milagros de San Francisco Javier, que eran ya innumerables durante toda su vida, se multiplicaron infinito despues de su muerte.

En vida del Santo, la fé romana, casi apagada antiguamente en el Asia citerior, con motivo de las grandes heregias de los primeros siglos, y en especial de la de Nestorio, volvió á florecer en las vastas regiones que se extienden desde el Eúfrates hasta las riberas del Indo. Los cristianos de aquellos países (1), á los cuales se daba el nombre de nestorianos, aunque habian renunciado muchas veces estos errores, eligieron un patriarca, despues de un abuso de cien años, en cuyo tiempo habia sido hereditaria esta dignidad en una misma familia. El nuevo patriarca, llamado Sulaká, versado en las letras sagradas, buen católico y de una virtud tan sólida que costó mucho trabajo obligarle á que por la silla patriarcal dejase el monasterio, donde solo pensaba en vivir como un santo religioso, fué á Roma para hacer que se confirmase allí su eleccion y reconocer en su nombre y en el de sus pueblos y clero el primado de la Iglesia romana, madre y maestra de todas las demas (1553). Las cartas credenciales que llevaba dadas por sus obispos y por sus principales feligreses, prodigaban al Sumo Pontífice los elogios y los títulos honoríficos, con todo el énfasis del estilo oriental; pero en ellas se reconocian abiertamente las divinas prerogativas de la Silla de Pedro. Se llamaba [al Papa] gefe y soberano de todos los pastores, padre del pueblo cristiano y padre de los padres, vínculo de toda la confederacion cristiana, Vicario de Jesucristo, y depó-

(1) Ciacon. t. 3, p. 744; Rain. *ann.* 1553, n. 44.

sitario de las llaves del cielo, á quien dijo el Señor por su propia boca: «todo lo que ates y desates en la tierra, será igualmente atado ó desatado en el cielo.» Se le llamaba tambien fundamento de la Iglesia, contra la cual no tendrán ningun poder las puertas del infierno, hasta las generaciones mas remotas; fuente de aguas vivas, que no se agotará jamás; antorcha que no se apaga, que disipa todos los errores de Satanás, y está colocada en el gran candelero para que todas las criaturas racionales vean y sigan su luz. Despues de estos elogios y otros muchos, suplicaban al Papa aquellos orientales que confirmase y consagrarse á su patriarca; «porque el sacerdocio, añadian, procede y ha procedido siempre de Roma, que es la Silla de Pedro.»

El prelado asiático presentó igualmente al Papa una profesion de fé, que comprendia en trece artículos no solo todo lo que bastaba para defender la creencia de aquellos orientales de toda sospecha acerca de sus antiguos errores, sino que tambien demostraba, á pesar de la distancia de los tiempos y lugares, la unanimidad de la fé cristiana contra las innovaciones de los sectarios de Europa (1). Además de las decisiones de Nicea, de Efeso, de Calcedonia, y generalmente de todos los concilios reconocidos por la Iglesia romana, confesaban los siete sacramentos, su materia, forma, ministro, y la intencion que debe tener este de hacer lo que hace la Iglesia; el Purgatorio, y la utilidad que del Sacrificio de la Misa, de las oraciones y de las limosnas resulta á los difuntos; el canon de los libros sagrados, segun le tenemos en el dia, á escepcion del libro de Ester; y en fin, el primado del Papa, como sucesor de San Pedro y verdadero Vicario de Jesucristo, con la obligacion que tienen todos los fieles de obedecer al que ocupa la Santa Sede apostólica.

Recibió Julio III honoríficamente y con

(1) Onuphr. *in Jul.* III.

mucha bondad á este extranjero respetable, confirmó su eleccion, le consagró por sí mismo, le dió el pálio en consistorio pleno, le llenó de regalos cuando llegó el tiempo de marcharse, y dispuso que le acompañasen algunos religiosos que sabian el siriaco, dándoles la mision de propagar la fé en el Oriente. Tambien se presentó entonces al Papa un jacobita asirio, enviado por el patriarca de Antioquia, para prestar obediencia á la Silla apostólica y hacer una profesion solemne de la fé romana (1). A instancias y con el auxilio de este enviado, llamado Marden, hombre muy hábil en su lengua, se imprimió por primera vez en Viena de Austria, mediante la liberalidad de Fernando, rey de los romanos, el nuevo Testamento en lengua y caracteres siriacos.

Parecia que iba á florecer otra vez la Religion en las islas británicas; y efectivamente habria recobrado allí su antiguo esplendor en el reinado de una soberana tan celosa como Maria por la fé de sus padres, si se hubiera tratado de convertir pueblos ignorantes é incultos, y no unos herejes, apóstatas y sacrílegos perjurios, mucho mas distantes del reino de Dios que los infieles. Maria, escluida del trono por los artificios del duque de Northumberland, que disponia á su arbitrio del jóven rey Eduardo, fué colocada en él como por la mano de la Providencia, la cual queria suministrar aun este medio de salvacion á los habitantes degenerados de la tierra de los santos; pues cuando al parecer no habia ninguna esperanza, movió el cielo á favor de esta princesa el corazon de los pueblos y de los grandes. Juana Gray, hija de una hermana del rey Enrique VIII, habia sido instituida heredera de la corona, á instancias del duque de Northumberland que la obligó á casarse con un hijo suyo, por el rey Eduardo, acometido de una enfermedad de que no esperaba restablecerse. Poco despues murió Eduardo, á los diez y seis

(1) Onuphr. *in Jul.* III.



años de su edad, el día 6 de julio de 1553, en el mismo mes y día en que su padre Enrique había hecho padecer el martirio al ilustre canceller Tomás Moro (1). Antes que espirase el rey, suplicó el duque de Northumberland á la princesa María que pasase á ver al monarca, su hermano, con el pérfido pretexto de darle en los últimos momentos de su vida el mas dulce consuelo que podia recibir. Dejándose llevar María de los movimientos de su buen corazón, caminaba á toda prisa hácia Londres, cuando la advirtieron algunas personas de su confianza, que el designio del duque era asegurarse de ella: con cuya noticia huyó precipitadamente á su castillo de Kenning-Hall, donde permaneció oculta hasta que supo la muerte del rey. Pasó despues á la provincia de Suffolk, donde era muy aborrecido Northumberland: hizo que la proclamasen reina en Norwick, donde el duque no lo era menos, y en seguida escribió una circular á toda la nobleza de su reino para interesarla en su favor (2).

Se proclamó no obstante en la capital á Juana Gray, obligándola á que se prestase á representar un papel, no menos peligroso que ridiculo, segun lo conocia ella misma (3). Aunque no pasaba de diez y seis años, tenia ya una razon tan sólida y un juicio tan bien formado, que pocas veces se encuentran aun en la edad madura. Versada en las lenguas francesa, latina y griega, como en la de su propio pais; instruida en la literatura y en aquella filosofia sana que sirve para dirigir el corazón é ilustrar el entendimiento, y dotada de todas las gracias propias de su sexo, reunia cuantas cualidades se necesitan para formar una muger completa, y aun un hombre poco comun. Por lo menos tuvo mas juicio y mucha mas penetracion que su ambicioso suegro el duque

(1) Sleid. *Comm.* l. 23, p. 922; Thuan. l. 19, *init.*

(2) Burn. l. 1, p. 342; Sander. l. 2, p. 299.

(3) D'Orl. *Rev. de Ingl.* p. 174, l. 8.

de Northumberland. En una palabra, hubiera sido digna del trono, si el talento y demas prendas apreciables pudiesen equivaler al derecho y al nacimiento. A la primera proposicion que se la hizo para que subiese á ocuparle, manifestó una sorpresa extraordinaria; trató al principio la cosa como por via de chanza, pero revistiéndose luego de seriedad, «es un atentado (respondió) trastornar el orden en la sucesion de los reyes. La corona pertenece en primer lugar á la princesa María, despues á la princesa Isabel, y últimamente á mí. Libreme el cielo de anticiparme á ninguna de ellas.» Pero ¡cuán poco libres son los mismos que disponen de la libertad de los pueblos! Juana se vió obligada á ceder, como una víctima sacrificada á la ambicion de su familia, y á subir al trono, como al altar de su sacrificio. Vencida por las importunaciones de los suyos, y no viendo ya mas que el peligro que habia en la resistencia, se dejó coronar en Londres, y recibió con tanta dignidad los honores Reales, que sentian todos que no tuviese mas derecho á ellos. Pero en los semblantes de las muchas personas que habian acudido de los pueblos, no se advertia mas que una triste sorpresa al verse con una reina, en que ni siquiera habian pensado.

Si el suegro de Juana hubiera sido tan estimado como ella en la capital, pocas esperanzas podia tener la princesa María; pero nunca son amados los ambiciosos, porque se mira con horror la dureza y la insolencia. La usurpacion misma de que era autor el duque de Northumberland, exaltó la indignacion pública, dando motivo para que se le acusase de haber sido el parricida de su rey. Todos juzgaban que le debia de haber costado poco quitar la vida á Eduardo, despues de haber formado el designio de prostituir su corona. Las provincias de Suffolk y Norfolk fueron las primeras que suministraron tropas á la princesa María, y despues se las presentaron de todas partes varios caballeros y grandes, de modo que muy en breve se halló en estado de ponerse en cam-

paña, y se dirigió á Londres. Aunque tenia mucha actividad el duque de Northumberland, no podia estar en muchas partes, y lo arriesgaba todo si hacia que supliese otro por él; pues como se veia generalmente aborrecido, no se fiaba de nadie. Era necesaria su presencia en la capital para contener cualquier movimiento, y al mismo tiempo era preciso ir á pelear contra María, cuyo ejército se aumentaba diariamente, ó esperar verse vencido muy en breve. Acudiendo el duque á la mayor urgencia, se adelantó hasta Cambridge; pero apenas salió de Londres, cuando se declaró esta capital á favor de la reina legítima. Al duque de Suffolk, que se habia quedado para guardar la torre con la reina Juana, su hija, la cual no se consideraba segura en ninguna otra parte, se le intimó que entregase aquella fortaleza, y á Juana que dejase el título de reina. Nada fué capaz de resistir al nombre de María, que resonaba en toda la ciudad de Londres. Pronto resonó tambien en los lugares circunvecinos, llegó á Cambridge, é introdujo la desercion, ó por mejor decir, una dispersion general y una nueva especie de derrota entre las tropas de Northumberland. En el espacio de algunas horas se halló casi solo, y no quedándole ya mas recurso que la sumision, acudió á la plaza mayor de la ciudad de Cambridge, y empezó á gritar desafortadamente: *viva la reina María*. Mas no por eso dejaron de prenderle, con sus tres hijos y sus principales cómplices, viéndose entonces cuán bajo es el orgullo en las adversidades. Aquel árbitro soberbio de la sucesion de los reyes se echó á los pies del conde de Arondel, y le suplicó en los términos mas sumisos que se compadeciese de su suerte; bien que no pudo evitar que le llevasen á la torre.

Seria de desear que María hubiera seguido el espíritu del Evangelio mas bien que el genio de su nacion; y que dejando al error, que no es sostenido por la gracia, las violencias y los castigos sanguinarios, hubiera empleado los medios

de suavidad y de persuasion para el restablecimiento de la verdadera fé. Pero María, hija de Enrique VIII, si bien se habia preservado de los vicios de su padre, retenia no obstante alguna cosa de su dureza natural, y usó de ella desde luego contra los que habian procurado quitarla la corona. El duque de Northumberland primeramente, su hijo primogénito, marido de Juana Gray, los otros dos hijos que tenia, y la desgraciada Juana, á pesar de sus pocos años, de sus gracias, de todas sus cualidades apreciables y de la especie de violencia que se la hizo para que subiese al trono, perecieron en un cadalso con otros muchos señores de los mas ilustres del reino. El duque de Northumberland se convirtió públicamente á la Religion católica, y aseguró que solo el interés le habia movido á profesar la heregia contra las continuas reclamaciones de su conciencia. Esta confesion fué honrosa para la fé que volvia á profesar; pero no le libertó la vida, porque se temió que la ambicion que le habia obligado á ser un herege rebelde, le obligase despues á ser un relapso y un traidor. Esterminados los perturbadores del Estado, trató la reina con un rigor casi igual á los enemigos de la fé.

Empezó restableciendo de un modo legal la Religion católica. Se reunió el parlamento; derogó este las leyes publicadas en el último reinado á favor de los hereges; reconoció la validez del matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragon y declaró legítima su union. Fueron arrojados del reino los hereges extranjeros, y se dice que salieron de él en número de treinta mil. Fueron encarcelados Cranmer, Latimer y otros muchos obispos y predicantes nacionales que habian contribuido principalmente á corromper á sus compatriotas. Fueron restablecidos en sus sillas los prelados que estaban presos ó desterrados por haber combatido el error, y entre ellos fué condecorado Gardiner, obispo de Winchester, con la dignidad de gran canceller. El cardenal Polo, de-



clarado por Enrique VIII reo de lesa magestad é incapaz de heredar y de testar, fué reintegrado en todos sus derechos, y no tardó en presentarse en Inglaterra con el carácter de legado apostólico. Se restablecieron las ceremonias antiguas y se proscribieron todas las novedades introducidas en el oficio divino. Se prohibió, pena de felonía, tener juntas con el objeto de abandonar una religion confirmada por la autoridad pública. Igualmente se prohibió profanar el Sacramento de la Eucaristía, derribar los altares y echar al suelo las cruces. En una palabra, se restableció enteramente la religion antigua, escepto la sumision á la Santa Sede, por ser artículo delicado que exigia ciertos temperamentos ó preparativos antes de ponerle en ejecucion. Mientras duró el parlamento, tenia tambien el clero sus sesiones, segun costumbre, y procedió con el vigor que le competia contra las innovaciones de la heregia.

No era menor el celo que en Francia se manifestaba á favor de la fé. Aunque se hallaba empeñado Enrique II en la guerra de los principes protestantes de Alemania, se presentó en el parlamento antes de marchar al ejército, á fin de exhortar á los magistrados á que durante su ausencia redoblasen la eficacia de su celo contra el error, y la severidad contra los que le esparcian en el reino con la discordia y las turbulencias. Fué puntualmente obedecido. En Lyon, poco distante de Ginebra y de los cantones hereges de la Suiza, se sorprendió á un gran número de emisarios del partido, enviados para hacer prosélitos en Francia, y se procuró tratarlos con un rigor capaz de intimidar á sus semejantes. En Paris, á donde acudian de todas partes, deseando acreditarse en aquella capital, habia casi todos los dias castigos sangrientos y hogueras encendidas contra los sacrilegos, pero sin poder destruirlos, ni aun impedir que tuviesen algunas veces asambleas bastante numerosas, á lo menos en las campiñas inmediatas, asis-

tiendo á ellas franceses distinguidos, oficiales militares y aun personajes de primer orden. Jamás halló la universidad de Paris materia que entonces para su celo y vigilancia laboriosa. En el espacio de algunos meses tuvo que censurar diez obras considerables, en las que se reproducian las novedades impías con nuevas apariencias mas ó menos capciosas (1).

Lo mas singular fué que Calvino, el gran panegirista de la tolerancia y de la libertad en las opiniones, se unió entonces con los católicos contra la impiedad, y se mostró mas inexorable que ellos. Por lo menos así sucedió en Viena del Delfinado con motivo de Miguel Servet, cuya ruina habia jurado aquel herejiarca. Imprimia Servet en aquella ciudad con mucho secreto el libro intitulado *Restauracion del cristianismo*, y habiendo logrado Calvino á fuerza de artificios que le enviasen los pliegos segun se iban imprimiendo, escribió á Francia con nombre supuesto, acompañando las primeras hojas á su carta, en la cual delataba al autor como un herege abominable. A consecuencia de esta acusacion se prendió á Servet en Viena, y se le formó causa. No fué difícil convencerle; pero tuvo maña para escaparse de la carcel, y fué preciso ejecutar la sentencia en su efigie, que fué quemada á fuego lento con sus obras. Buscó su seguridad en el mismo lugar donde la envidia y el furor habian fraguado su persecucion, esto es, en Ginebra. Habiendo atraído Calvino á sus redes la presa que tanto deseaba, dió cuenta al magistrado, y Servet fué puesto inmediatamente en una prision. Sin embargo, como es costumbre en Ginebra que el acusador se constituya preso con el acusado, no tuvo Calvino por conveniente hacer el papel de acusador, y por no esponer su propia persona, encargó la delacion á uno de sus serviles clientes. Aún fué menos difícil en Ginebra que en Viena dar sentencia contra un hombre proscrito, en cierto modo,

(1) Thuan, *ad ann.* 1552; Sleid. *l.* 25, p. 933.

antes de ser juzgado. No obstante, se formó una causa muy voluminosa, y se hicieron cuarenta cargos al acusado, el cual fué oído, convencido de impiedad, condenado á ser quemado vivo, y ajusticiado públicamente, á pesar de las instancias de muchas personas que habian intentado facilitarle la evasion de la carcel (1553).

No podia quejarse Servet de la insuficiencia de los cargos ó de las pruebas, pues no solo habia sostenido los errores de los luteranos, sacramentarios y anabaptistas, sino tambien las impiedades de Paulo Samosateno, Sabellio y Arrio, de todos los hereges mas perversos antiguos y modernos, y de los blasfemos mas osados. Pero al cabo no era Servet mas que un herege, fundado, como Lutero y el mismo Calvino, en la sagrada Escritura entendida á su modo. Por tanto, el buen juicio y la equidad natural obligaron á Grocio (1) á decir que este procedimiento autorizaba á los tribunales de Francia para tratar del mismo modo á los calvinistas, sin que tuviesen estos ningun derecho para quejarse. En la *Vida de Calvino* pretendió Beza justificar á este herejiarca, diciendo que Servet era un impió, y no meramente un herege. Pero toda heregia ¿no es una impiedad, en cuanto se opone á Dios y á las cosas santas? Y por no hablar de muchos artículos en que yerra Calvino acerca de la divinidad ¿ha habido jamás heregia mas fecunda que el calvinismo en impiedades, en blasfemias, en sacrilegios, y en los atentados mas enormes contra los misterios mas reverenciados en todas las edades de la Iglesia?

La reina de Inglaterra habia restablecido en su reino, sin mucho trabajo, la profesion de la verdadera fé; pero por mas que desease extinguir el cisma y la heregia, y reducir la nacion á la obediencia de la única Cabeza de la Iglesia, creyó que para este punto delicado debia esperar á que se consolidase su autori-

(1) Grot. *in voto prope Eccles.*

dad por medio del matrimonio que pensaba contraer con un principe poderoso. En fin, á 23 de julio del año 1554, se casó con el hijo único del emperador, que reinó poco despues en España con nombre de Felipe II; alianza que se decia ser muy perjudicial á la Inglaterra, esponiéndola á ser una provincia de la monarquia española, y quizá de esa monarquia universal que algunos criticos, en nuestro juicio mal fundados, pretenden haber sido el sueño dorado de Carlos V. Así, fué, que con este motivo hubo un grande alboroto; pero esta sedicion no tuvo otras resultas que el suplicio de los sediciosos. Algunos políticos de mas sanas ideas, lejos de vituperar este enlace, le miran como eminentemente útil; porque su resultado debia de ser el triunfo definitivo de la Religion Católica en Inglaterra; y á la verdad, ¿no desaparecen todas las demas consideraciones ante la necesidad de procurar la salvacion de los pueblos? Y luego, ¿qué mal habria en que se estableciese una monarquia universal, si ella hubiera debido hacer prevalecer en todas las regiones y proteger contra el cisma y la heregia la Religion santa, fuera de la cual no hay salvacion?

Antes del matrimonio de la reina, se habia puesto en camino el cardenal Polo para ir á Inglaterra, con el carácter de legado apostólico. Este prelado virtuoso y tan maltratado por su patria no habia perdido nada de la inclinacion y cariño con que la habia mirado siempre; mas no mirando la cuestion bajo su verdadero punto de vista no aprobaba el designio que tenia su soberana de casarse con el principe de España. Como le veneraba mucho aquella princesa y le habia manifestado ya su respeto por cartas, receló Carlos V que la prontitud con que este cardenal se trasladaba á Londres, pudiese desbaratar el matrimonio de su hijo; por lo cual le prendió al pasar por Alemania, sin manifestar, al parecer, mas miramientos al derecho público que á la dignidad de la Santa Sede, que parecia uno y otra igual-